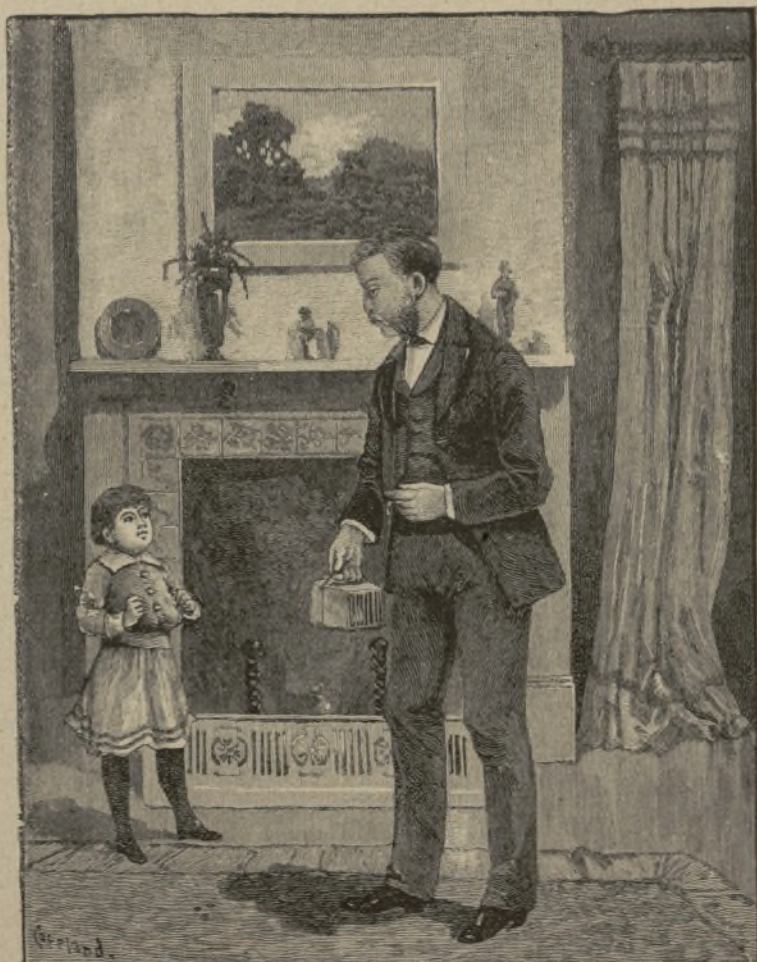




SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II
 
 20 de octubre de 1888
 
 Núm. 51



EL RATÓN BLANCO



## EL POTRO Y LA PALOMA

SUEÑO DE UN NIÑO

(Á Ramoncito)

**M**E lo contó él mismo, un niño que se llama Ramoncito como tú; y como más que sueño parece un cuento instructivo, sabiendo cuán aficionado eres á esta clase de narraciones, te lo referiré para tu contento y solaz.

Ello es que cierto día, al salir el niño del colegio, después de haber cenado y jugado alegremente con sus hermanitos, se acostó, ó lo acostaron, que no era muy habilidoso en vestirse y desnudarse. Ya recogido en su cama, después de haber rezado algunas oraciones que su buena mamá en su niñez le enseñara, sus párpados empezaron á sentir la pesadez del sueño, cerrándose dulcemente, en tanto que la imaginación, indisciplinándose como colegiala rebede, echaba á volar por los espacios imaginarios de la fantasía.

Súbitamente vióse Ramoncito trasladado en medio de un campo laberíntico, dilatado, inmenso. Todo era desolación en torno suyo: la soledad más espantosa le cercaba, sin que descubriese indicio alguno capaz de orientarle. Ya la inquietud iba apoderándose de su ánimo, cuando una voz dulce y amistosa sonó blandamente en sus oídos:—*Sígueme*,—le dijo.—Y al momento una paloma blanca como la nieve comenzó á volar delante de él.

Ramoncito la siguió.

Apenas había andado un corto trecho cuando vieron cortado su camino por una zanja cercada de zarzales y espinos que amenazaban desgarrar los pies al que intentara saltarla. Algunos niños allí reunidos vacilaban entre saltar la zanja ó retroceder; y Ramoncito, de suyo sobrado tímido, vaciló á su vez. Pero la paloma le infundió ánimo, y, volviendo á ella los ojos, salvó aquel primer peligro. Sin embargo, una espina desgarró su pie, el dolor súbitamente sentido llevó una lágrima á sus ojos, bajóse la paloma, rozó sus alas de nieve en su húmeda pupila, y con amoroso acento le dijo:—*No temas, no te abandonaré*.

Anduvieron de nuevo. El paisaje aparecía más animado y agradable. La naturaleza había dado un beso de amor á aquellas ignoradas tierras, y por doquier se veían flores y arbustos, alegres saltos de agua, nubes de mariposas é insectos alados que llevaban en sus alas las transparencias de las piedras preciosas, y algunos pájaros que alegraban los aires con sus cantos y caprichosos giros. Ramoncito se sentía contento; y cuando parecía olvidado de la contrariedad sufrida poco rato antes, otra no menos inesperada pero más imponente le sorprendió en su marcha: ancho río obstruía su paso, y era tal el ímpetu con que afluía que á su procelosa marcha arrebatava cuanto alcanzaba á destruir. Algunos niños hacían sobrehumanos esfuerzos para salvar la opuesta orilla, pero eran vanos sus intentos: los más animosos eran arrollados al empuje de la desatentada corriente; los otros desmayaban sin intentar siquiera salvarla. De pronto el trepidar de fogoso corcel distrajo la atención de cuantos se hallaban á la orilla del río. Ramoncito volvió la cabeza y vió que el que lo cabalgaba era su mejor amigo de colegio.

—¡Llévame contigo!—le dijo con suplicante voz. Pero el joven jinete, enso-



berbecido por su ventaja, no tan sólo no contestó á su amigo, sino que, espolcando fuertemente su caballo, le obligó á salvar el temido obstáculo. Ramoncito sintió indecible angustia. Volvió los ojos al camino andado, con ánimo de desandarle otra vez; pero su alada compañera no le abandonó en su desdicha: bajóse hasta él, prestóle sus alas, y, amorosa, lo trasportó á la opuesta orilla.

Salvo otra vez y guiado siempre por su generosa amiga, internóse en her-



Lo que el gato oyó

mosa selva que á su vista se extendía. Maravilloso cuadro se desenvolvía á sus ojos. Gran arbolado, fuentes monumentales, edificios suntuosos, calles y paseos de dilatada extensión, monumentos artísticos: lo ficticio y la realidad, en suma, derrochando pródigamente por doquier todos sus encantos para seducir y enamorar al caminante.

Ramoncito sintió indecible alegría, creyóse de nuevo en *su mundo*, y, como la fatiga le rendía, resolvió descansar; pero ¡oh desencanto! quiso sentarse, mas apenas lo hubo intentado, el banco de mármol que le brindaba reposo se disolvió cual si hubiese sido de nieve: intentó refugiarse en el interior



de uno de los edificios que admiraba, y, apenas traspasaba sus umbrales, la gran fábrica se fundía instantáneamente como si hubiese estado construída con terroncitos de azúcar: se amparaba al abrigo de un árbol, y el árbol, tomando el cuerpo de inmenso pajarraco, echaba á volar por los aires: si llegaba á una fuente, como los bancos y los edificios, desaparecía ésta á su vez. ¿Qué hacer entonces? Ramoncito, para aliviar su cansancio, resolvió sentarse en el suelo. Este permanecía firme: ni se hundía ni se borraba; pero aquel pobre niño vió, con tanto espanto como estupor, que por entre aquella brillante alfombra de flores asomaban sus aplastadas cabezas compactas legiones de reptiles.

Algo parecido al vértigo se apoderó del jóven caminante: más que andaba corría en busca de nuevos caminos y nuevos derroteros; pero la paloma no torcía su vuelo, y con graciosos giros le invitaba á seguir siempre por el camino recto. De pronto, un resplandor que á lo lejos brillaba con los destellos de un diamante rojo distrajo la angustiosa pena que embargaba á Ramoncito. Conforme avanzaba, el lejano foco iba aproximándose y descubriéndose con las proporciones de colosal incendio. Llegó á su límite y encontróse al borde de imponente lago de fuego. Quiso huir, pero la paloma lo detuvo:— *Es el último paso*, —le dijo. El niño vaciló. Luego, obediente al consejo de su amiga, con ánimo resuelto se decidió á salvar la opuesta orilla. Sintió el doloroso contacto de las ascuas que le abrasaban: creyó morir, pero se salvó. Al poner de nuevo pie en tierra, lo primero que vió fué el cuerpo exánime de su compañero que le negó auxilio pocas horas antes, y el caballo reventado á sus pies. Ramoncito le contempló con profunda conmiseración, pero una voz dulce y misteriosa le dijo:

—*Le trajo la soberbia, y ha caído: á ti te trae la perseverancia, y nadie te podrá derribar.*

Despertó el niño cuando en el mágico país de sus fantasías le iban á proclamar nada menos que rey. Al encontrarse en su cama sintió fiero desencanto. Sin embargo, no fué cuerdo su desmayo. Todos los niños tienen en el camino de su vida un potro y una paloma, y llega á la cumbre de sus deseos, no el que corre y atropella más, sino el que se deja guiar por templada y discreta reflexión.

ANTONIA OPISSO







## LA GOLONDRINA

CUENTO

**B**AJO el balcón de una casita que se pierde entre el espeso follaje de un enramado paseo, colgaba su nido una vistosa golondrina, tierna como una tórtola y dulce y sentimental como todos los pajarillos. Vivía sola, y sola también volaba por el espacio, remontándose al cielo en sus ratos de dolor, como si en el mundo, lejos de encontrar un lenitivo á sus pesares, hallara un punzante veneno para emponzoñar más y más sus enconadas y dolorosas heridas.

Ella estaba enamorada con ese amor que embriaga y extasia, con ese amor que hace llorar de placer y hace sonreír de dolor... con ese amor, en fin, que, apoderándose del alma, sólo encuentra satisfechos sus deseos después de un ardiente y apasionado beso que, inflamando la piel de las mejillas, funde dos corazones en uno solo, como si las brillantes gotas de rocío fundieran, al caer en la corola, los perfumados aromas de dos rosas enamoradas.

—¡Qué mañana aquella!—decía la hermosa golondrina cuando el beso del sol, cerniéndose por entre el ramaje, iba buscando aquel nido, poético en extremo, como si quisiera despertar con la impresión de sus rayos á su encantadora dueña.

Y aquella mañana le recordaba otra más sublime y grandiosa que jamás se borraba de su mente, otra que jamás volvería á pasar por delante de sus ojos, aunque pasaba á cada momento, más fantástica y visionaria, por delante de su corazón enternecido por la quimera y encallecido dolorosamente por el desengaño.

Después, despidiéndose de su lecho, se lanzaba á los espacios, posándose á menudo en las empinadas ramas y entonando con su gracioso pico rítmicas notas de dolor que, perdiéndose en el bullicio del día, se remontaban por el aire para expirar en el cielo como las vibraciones de una música divina y angelical.

\*\*\*

Una mañana la sorprendí balanceándose majestuosamente sobre el débil tallo de una preciosa amapola. ¡Lloraba, y en su lenguaje armonioso y dulce pude advertir el sentimiento de su corazón y el padecimiento de su alma!

—¡Aquí le vi por primera vez! Sobre aquella rosa se mecía suavemente, y uniendo las melodías de su canto con el suave sonreír de este arroyuelo brindaban al paisaje más sublimidad que hoy... porque hoy lloran las aguas del río é inclinan las flores sus encarnadas frentes al peso horrible de su amarga tristeza. Después besó al arroyo, y saludándome con indiferencia



se perdió en esa bóveda azul para siempre, porque desde entonces le busco cada vez más loca y siempre mis ojos le ven, pero ¡no sé por qué fatalidad no le encuentran! ¡Ahora hace dos años!—Y continuaba sollozando la pobre golondrina.—¡Dos años que me han parecido una eternidad, porque nunca acaban de pasar! Yo creí que me olvidaría al fin, pero ¡vano deseo! ¡Mi empeño se debilitaba y hoy me siento más enamorada que aquel día, eterno en mi memoria, como es eterno el tiempo, á pesar de que pasa volando sobre nuestras cabezas!



La niña golosa

Y después de un rato de lágrimas ardientes y mudas, que al rodar sobre las hojas de la amapola la adornaban de vaporoso rocío, tendió las alas desesperada y abatida, y, agitándose suavemente en el aire, se confundió á los pocos segundos en la inmensidad de lo infinito...

\* \* \*

Y después de algunos momentos volvió á percibirse paulatinamente en el espacio, y al bajar se paró en el tejado de la casita, que, reclinada sobre los árboles, parece un

nido de palomas tejido primorosamente con el verde follaje de los campos.

Una dulce mariposa revoloteaba posándose en los tiestos que adornaban el empinado balcón, cuando la golondrina iba á buscar en el mismo sitio el sustento que dos hermosos niños le depositaban allí para que ella se alimentara y volviera todos los años á su nido, que, agradecida, no olvidó nunca durante su triste existencia.

—¿Qué haces? ¿Por qué lloras?—le preguntó la mariposa.—¿Se han muerto tus hijos? ¿Qué tienes?

Y la golondrina, que deseaba desahogarse, llamó á la tierna mariposa y le dijo:

—Ven: yo me atreveré á contar lo que me pasa: á ver si tú te atreves á consolarme.

Y bajaron al nido, que, recostado en uno de los maderos que sostenían el



balcón, brindaba á pasar en él un ratito oyendo, sobre todo del *pico* de una golondrina, la historia de ésta, llena de *dulces abrojos y de tristezas encantadoras*.

El sol entonces se inclinaba hacia el poniente y alumbraba la parte opuesta de la casita del paseo.

—Mira,—le dijo;—hace dos años vine de muy lejos, sola y errante, porque mis padres y mis hermanos murieron en la penosa travesía del mar. Pasaba yo por lo alto de esta alameda, cuando me llamó la atención esta casita y determiné quedarme en ella. ¡No quise moverme de aquí! A los pocos días construí este mullido lecho que nos sostiene, y pensé vivir eternamente entre las caricias de esos hermosos niños que ahora juegan sobre nosotros y el arrullo de la brisa que de vez en cuando mueve las pajas de nuestro nido. «¡Qué fortuna!» me decía yo. ¿Puede haber alguna más dichosa? Esto creí, hasta que una mañana desperté muy temprano y me lancé á recorrer la inmensidad del cielo. Cansada y abatida de tanto volar, descendí, y junto á un arroyuelo manso y tranquilo quise descansar un momento. Allí estaba, entonando graciosos himnos, el joven de mis ensueños, el que hoy me hace llorar y el causante de mis goces y mis tristezas. Estuvo mirándome algunos segundos y luego... luego se perdió para siempre, quedando tan sólo en mi corazón la indiferencia de su saludo y la intensa frialdad de su mirada. ¡Quién sabe dónde ha ido! ¡Es tan grande el mundo de la vida y tan reducido el mundo del amor!

Y, sin poderse detener, rompió á llorar la desconsolada golondrina. La mariposa, que también era débil, no pudo menos de hacer lo mismo, y, lejos de consolarla, parecía que trataba de entristecerla más.



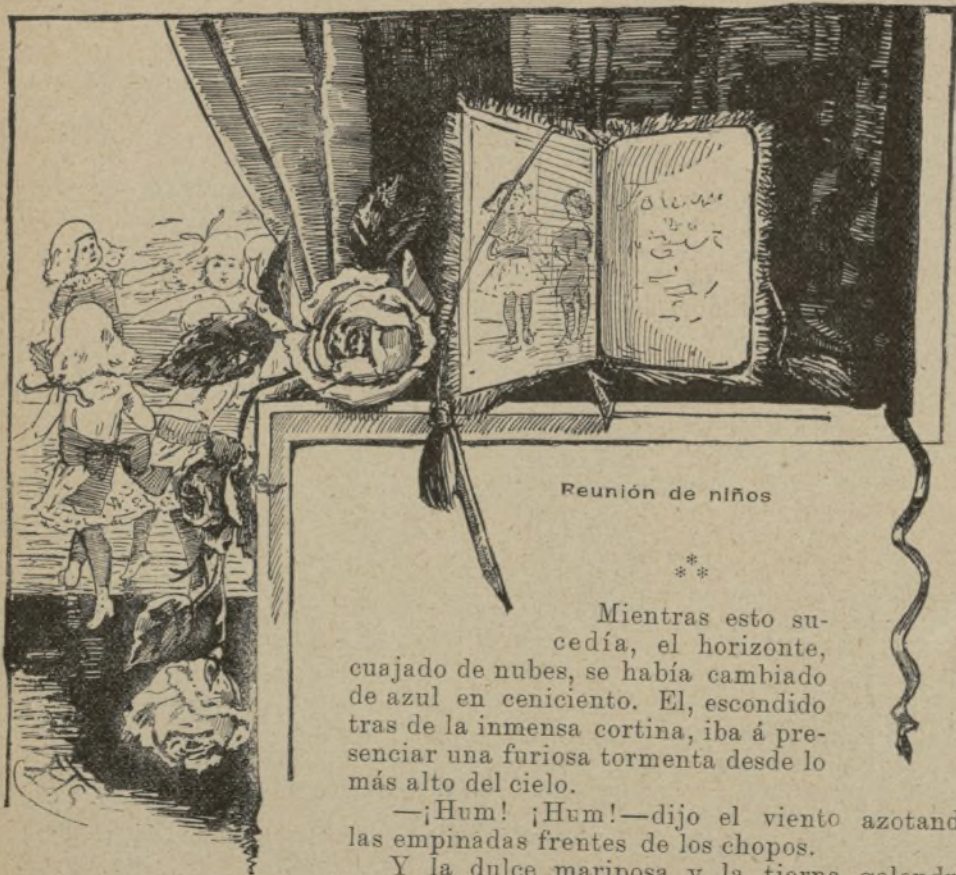
La niña golosa



—¡No llores!—exclamó por fin la mariposa.—¡Ten calma y espera! ¡Dios es bueno y jamás nos abandona!

—¡Eso es muy poco!...—contestó la avecilla ahogando los sollozos en su delicada garganta.

Y volvió á reinar un grave silencio, interrumpido á intervalos por los suspiros de aquellas dos ternezas.



Reunión de niños

\*\*\*

Mientras esto sucedía, el horizonte, cuajado de nubes, se había cambiado de azul en ceniciento. El, escondido tras de la inmensa cortina, iba á presenciar una furiosa tormenta desde lo más alto del cielo.

—¡Hum! ¡Hum!—dijo el viento azotando las empinadas frentes de los chopos.

Y la dulce mariposa y la tierna golondrina salieron del nido, creyendo que la tarde continuaba tan sosegada como la dejaron al empezar aquella sentimental historia.

El viento, huracanado ya, separó de pronto la dirección de aquellas amigas, y las dos se perdieron de vista sin despedirse. La áurea mariposa se escondió bajo una teja, y la oscura golondrina pudo volver á su casita después de unos minutos de ansiedad que se trocaron en calma cuando se vió tendida entre las suaves plumas de su adorado nido.

La tempestad empezaba á rugir con todo el estruendo de una furiosa tormenta. A los relámpagos sucedían los truenos, que sonaban con singular estrépito, y las ardientes gotas de agua que se estrellaban en las tablas del balcón hacían estremecer á la tímida golondrina. El cielo estaba negro como la inmensa bóveda de un gigantesco túnel. Tras de la horrible tempestad desencadenada, la noche, avanzando con gigante paso, tendía las negruras de su



velo sobre la tierra, y el aspecto del mundo era en aquellos momentos imponente y aterrador.

La avecilla, recostada en su casita, pensaba con agitación en la mariposa; y ésta, á su vez, acurrucada bajo la suave concavidad de una teja, no podía olvidar la historia de aquella pajarita.

La noche se hizo más intensa y el viento fué cesando paulatinamente. La golondrina lloró por *él*, y, calentita y medio loca, plegó sus alas y se quedó dormida después de un rato de visible agitación.

La noche, huyendo del sol, montó de nuevo en su negro alazán; y el cielo, suavemente iluminado, presentaba un aspecto completamente distinto del de la tarde anterior.

Las tiernas avecillas, elevándose por el azul, entonaban himnos de agradecimiento al Dios sublime de las alturas. El sol, dejándose ver, cristalizaba las gotas de rocío y, perdiéndose por el tejido ramaje, iba buscando el nido de la golondrina. El beso de sus rayos no despertó aquella mañana al tierno pajarillo, como de costumbre.

Al espirar la noche en el horizonte, sintió un inmenso vacío bajo sus alas, y luego



observó que, sintiéndose gigante en el espacio, se remontaba por entre un aire embalsamado con incienso divino, mucho más lejos á donde había podido ascender en sus gigantes excursiones.

Reunión de niños



Después expiró... y á los pocos segundos volaba por el cielo.

La tierna mariposa, al visitar el nido, profundamente conmovida, lanzó un grito de dolor, y con sus puras lágrimas quiso regar aquella sepultura, como si con ellas quisiera adornar el despojo efímero de la insaciable muerte. Después de serenarse rezó por su dulce amiga, y Dios, inmensamente bondadoso, oye sus ruegos siempre que pide por el alma de su compañera.



Y un ángel que ha bajado en busca de *aquel ingrato pajarito* que también ha muerto ya, me dijo que aquella golondrina vive dichosa en el cielo y que se acuerda mucho de la mariposa y de aquellos niños que tanto la querían.

R. SÁNCHEZ DÍAZ

Reinosa y junio 1888.



Peunión de niños



## — NUESTROS GRABADOS —

### EL RATÓN BLANCO

Una tarde el Sr. Francisco volvió de su oficina llevando una pequeña caja de madera.

—Veamos si aciertas lo que traigo aquí, Carlitos,—dijo á su niño.—Te advierto que es un animal vivo.

El chico supuso que era un conejo, un pájaro ó una ardilla; pero su padre le contestó á todo negativamente.

Era un ratoncito blanco. Carlitos no había visto en su vida ninguno, y desde luego le tomó mucho cariño: dábale á comer cortezas de pan y varias golosinas, y enseñóle á comer en la mano. Algunas veces le llevaba en el bolsillo, y el ratón se familiarizó mucho con su joven amo.

Una noche, cuando Carlitos se había acostado ya y reinaba el mayor silencio en la casa, los padres oyeron un ruido singular, salieron de la habitación, y no fué poca su sorpresa al ver al ratoncito blanco moribundo: había saltado fuera de su caja, y al querer buscar las escaleras se rompió el cuello.

Carlitos enterró al pobre ratón en el jardín y plantó encima una verbena para que todos supieran donde estaba su tumba. El padre dijo que compraría otro, pero el niño aseguró que ya no quería á ninguno tanto como al primero.

### LO QUE EL GATO OYÓ

Los niños de la casa estaban sentados delante de la chimenea, complaciéndose en oír como chisporroteaba el fuego. El mayor acababa de traer un haz de ramaje que dejó en el suelo, y de pronto el gato, que había dormido hasta entonces, levantóse, se acercó al ramaje y escuchó atentamente.

—Sin duda hay algún ratoncito ahí,—dijo uno de los chicos.—Escuchemos.

Todos guardaron silencio, y el gato volvió al sitio donde antes estaba; pero un momento después acercóse de nuevo al ramaje, y entonces todos vieron salir de allí una magnífica mariposa azul y negra.

El gato había oído al magnífico insecto romper su crisálida.

### LA NIÑA GOLOSA

Cierto día la niña Beatriz fué enviada por su mamá á la mercería para comprar una madeja de seda. Ya habia ido otras veces, desempeñando bien siempre su comisión, aunque sólo tenía cuatro años, pues á Beatriz le complacía mucho tener contenta á su mamá.

—Ten cuidado de que te den el mismo color,—dijo la madre dando á su hija un beso,—y vuelve aquí en seguida sin detenerte en ninguna parte.

—Así lo haré,—contestó la niña.

Antes de llegar á la tienda del mercero, Beatriz debía pasar por delante de un puesto de fruta que siempre llamaba mucho su atención, porque había cosas que de buena gana hubiera comido; pero aquel día vió una que le chocó, porque no la conocía: eran unas bananas rojas, y la niña experimentó vivos deseos de probar aquella fruta.

—¿A cómo las venderán?—se preguntó.

Acercóse á la mesa de la frutera para averiguar el precio, y la mujer le dijo que costaban cinco céntimos cada una.

Precisamente era esta cantidad la que había recibido para comprar la seda. Dos minutos después hallábase sin los cinco céntimos, pero en cambio tenía la banana.

No se crea que Beatriz volvió entonces á su casa: lejos de ello, dirigióse á la mercería, y, enseñando la muestra que llevaba, dijo con su voz infantil:

—Mi mamá me envía á buscar una madeja de seda como la muestra. Haga V. el favor de dármela.

La mercera no pudo menos de sonreírse al ver aquella niña tan graciosa. Eligió cuidadosamente la madeja de seda y entregóse la.



—Gracias,—dijo la Beatriz, que estaba muy bien educada.

—Pero, niña,—dijo la mercera,—¿no te ha dado tu mamá ningún dinero?

—Sí, señora,—contestó Beatriz,—pero he comprado una banana.

Y antes que la mujer tuviera tiempo de replicar, la niña salió corriendo y llegó muy pronto á su casa.

Pasó mucho tiempo antes de que la mamá pudiese convencer á Beatriz de que había obrado mal; porque, á su modo de ver, si se vendían bananas era para que las comprasen todos aquellos á quienes agradaran.



La muñeca japonesa

## REUNIÓN DE NIÑOS

—Ya es hora de ir á felicitar á nuestra amiga con motivo de su cumpleaños,—dijo Francisco á su hermana Isabel, haciendo sus preparativos de marcha.

Pocos momentos después los dos se dirigían á la casa donde estaban convidados.

La niña á quien iban á felicitar, llamada Mercedes, se había puesto sus mejores vestidos para recibir á sus visitas, que no eran pocas.

Allí estaban Josefina luciendo una falda de color de rosa, Alberto y Gertrudis con sus trajes de campesinos, y Elvira, la mayor de todas, que se distinguía por su belleza, y su hermana Catalina.

A las cuatro de la tarde habíanse reunido en la casa doce niñas, todas muy alegres y con deseo de distraerse con todos los juegos conocidos y por conocer.

El escondite, la gallina ciega, las cuatro esquinas, nada se olvidó, y las niñas se divirtieron mucho; pero entre ellas había una, llamada Elisa, que por su timidez y cortedad no tomó parte en aquellos pasatiempos.

Cuando las niñas estuvieron cansadas, la dueña de la casa las condujo al comedor, donde vieron la mesa muy bien adornada. En el aparador había muchas golosinas: pasteles, frutas de todas clases y confites. Jamás hubo banquete tan alegre como aquél, y mientras duró amenizóse con varios cuentos é historietas que hicieron reir mucho á las jóvenes convidadas.

Al servirse los postres entró el criado y colocó en la mesa una inmensa torta en la cual se leía el nombre de Mercedes, que se destacaba en el centro en letras de azúcar; y hechas las divisiones según el número de niñas, todas pudieron comer hasta quedar satisfechas.

Antes de cenar, las niñas pudieron entregarse otra vez á sus juegos, hasta que, llegada la hora de retirarse, las niñas se despidieron de Mercedes felicitándola de nuevo, y segu-





La muñeca japonesa

ramente deseosas de que fuera su santo todos los días, pues no recordaban haberse divertido nunca tanto.

### LA MUÑECA JAPONESA

Todas las niñas de la casa estaban alarmadas porque entre sus muñecas habían encontrado una japonesa, muy fresca y sonrosada, que las mamás habían llevado para darles una sorpresa.

—¡Qué fea es!—dijo la niña Elvira.

—Es muy extravagante,—dijo otra.

—¡Vaya un vestido raro!—exclamó la tercera, que se llamaba Elisa.



—Yo no he visto cosa más ridícula,—añadió Elvira;—el vestido que lleva parece un sayón, y el sombrero una torta. Yo no la quisiera aunque me la regalasen.

—Ni yo.

—Ni yo.

En esto entró la mamá, y, como las reprendiese por lo que estaban diciendo, avergonzaronse las niñas y guardaron silencio, reconociendo que habían obrado mal y que, lejos de criticar, debían mostrarse agradecidas. Por eso después quisieron cuidar todas de la muñeca japonesa, que desde aquel día fué la favorita.

## EL JARDIN DE LOS NIÑOS

Eloísa, Luis y Jorge fueron al campo á pasar el verano con su tío, en cuya casa había un gran jardín lleno de hermosas flores.

—¡Oh!—exclamaron los niños.—¡Cómo nos gustaría á nosotros tener también un jardín!

—Pues nada más fácil,—dijo el tío;—yo os cederé un espacio de terreno si queréis sembrarlo y cuidar bien las plantas.

Los niños prometieron hacerlo así, y su tío les señaló á cada cual un espacio de jardín, dándoles las herramientas necesarias. Los jóvenes horticultores trabajaron dos ó tres días sólo para limpiar y nivelar el terreno, y entonces su tío les dijo que podrían elegir las plantas que quisieran.

Jorge manifestó que deseaba sembrar trigo porque le agradaban mucho sus flores, Eloísa prefirió un geráneo porque era la planta predilecta de su mamá, y Luis pidió lo mismo que su hermana.

El tío dió á elegir á los niños rosas, heliotropos, geráneos y otras varias especies muy bonitas.

Los tres pequeños jardines presentaron un gracioso golpe de vista cuando estuvieron adornados con sus plantas, y los tres niños no se ocupaban más que en sus trabajos de floricultura.

Cierto día Luis corrió en busca de su tío para decirle que las lombrices devoraban sus rosas. Después mató muchas, pensando que así quedarían libres sus flores; pero al día siguiente encontró muchas más, y, perdida la paciencia, no quiso cuidar ya más de su jardín.

A los pocos días se presentó el papá para llevarse los niños á su casa. Jorge y Eloísa se llevaron consigo las flores que habían recogido en su jardín, pero el pobre Luis no pudo tener ni una rosa entera para su mamá.

El jardinero quiso darle un buen ramo, pero el tío se opuso para dar con esto una lección al muchacho á fin de que no fuera otra vez perezoso.



## EL CENTÉN DE TERESITA

(Continuación)

Avergonzada y temblorosa, regresó la niña á su casa, sin dar cuenta á nadie de la acción grosera, bien que merecida, de que había sido objeto.

Así llegaron las vacaciones de Pascuas. Volvieron los niños y no pudo menos Alfonso de mostrarse sorprendido al ver lo desmejorada que encontraba á su hermana, por manera que al hallarse á solas con Carlota se apresuró á preguntarle si acertaba de qué podría dimanar aquello. La hermanita



se lo contó todo de pe á pa, pero suplicándole no fuese á contristar á Teresita con cuchufletas sobre el particular, pues hartó trastornada y delicada estaba ya.

Alfonso se puso furioso al enterarse, exclamando que Juanita era incapaz de haber cometido la acción que le imputaban, que jamás asentaría él á tanta suposición, y que si Teresita se encontraba á faltar el centén debía ser porque con su cabeza de chorlito habría olvidado dónde lo dejó, ó quizás no se acordaría de haberlo ya gastado.

—Pero, hombre,—replicó Carlota,—¿cómo quieres que no sea Juanita cuando sabemos que precisamente fué á gastarse esos cinco duros en la tienda de la Encarnación?

—¿Cuándo fué eso?

—La víspera de Reyes.

—¡Pues claro está que gastaría cinco duros! ¡Como que yo se los di de aguineldo!

—¿Tú?

—Sí. Y, á la verdad, gracias al empeño puesto por Teresita en hacernos tragar la tal doncella, habíale cobrado yo ojeriza y no me mostré muy amable los primeros días; pero cuando vi que era tan buena muchacha, tan hacendosa y servicial, tan inteligente y trabajadora, creí que debía compensar mi aspereza anterior con alguna muestra de satisfacción, y, aprovechando la oportunidad de que mamá me diese dinero para mis gastos particulares durante esos meses, aparté cien reales y se los di á Juanita. Lo que hay es que, temiendo no encontraseis excesiva la propina, le encargué no dijese nada. Conque, si no tenéis otra prueba más que esa de que Juanita le haya robado los cinco duros á Teresita, no me sacaréis de la cabeza que es tan inocente como yo ó como tú de la falta que le achacáis.



El jardín de los niños

Vivamente impresionada por lo que acababa de decir Alfonso, fuese Carlota á contárselo á su madre esperando que con ello quedaría convencida de la inocencia de Juanita; pero la buena señora, aferrada ya á su idea, no pareció conceder grande importancia á semejante demostración, y así persistió en sus dudas, por mejor decir, en su certeza de antes: el centén no parecía: esta era la cuestión. Con todo, no quiso se le dijese nada de aquello á Teresita, hartó desazonada ya con lo que había ocurrido.

Una hermosa mañana de primavera, cuando los campos comienzan á cubrirse de verdor y rompen las flores sus capullos, propuso Alfonso á Teresita fuesen á dar un paseo hasta la ermita de Begonia aprovechando aquella apacible temperatura. De buena gana accedió la niña á acompañar á su hermano; y pensando qué podría comprar por el camino, buscó en su portamonedas, pero sólo encontró allí algunas piezas de cobre. Teresita hizo un gesto; pero al momento, acordándose de la fatal peseta dejada en el pupitre en lugar de los cinco duros, exclamó:

(Se continuará)



## SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

## Fuga de consonantes

Don Homobono Solón,  
tonto, bolo y como loco,  
por topo topó por poco  
con Donoso Coscorrón;

y Donoso, bolo y tonto,  
por poco topó por bolo  
con Homobono Solón.

## Logogrifo

Adela

## Triángulo

Manila

## Charadas

Tomate, Camisa



El jardín de los niños

## PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

## CADENA

Sustitúyanse los puntos por letras de manera que, leídas horizontal y verticalmente, resulte: 1.ª, nombre de mujer; 2.ª, pronombre; 3.ª, en el cielo; 4.ª, prenda militar; 5.ª, molusco; 6.ª, un licor; 7.ª, producto marítimo; 8.ª, en los altares; 9.ª, nombre de varón; 10.ª, un animal; 11.ª, producción lírica; 12.ª, célebre padre franciscano; 13.ª, nombre de mujer. ALFONSO PELLICO

## CHARADAS

—Niña, dos por todo,—  
dijo prima Inés,—  
que mejor que *tercia*  
en verano es.

MAGDALENA CABRERA

*Primera primera*  
vió a *segunda prima*,  
le tiró del *todo*  
y se fué en *segunda*.

BAUDILIO DE LOS COBOS

Al niño muy *segunda* con *tercera*  
que no estudie jamás,  
y se suba á la *una dos tres una*  
y espante al palomar,  
su madre, por travieso y por rebelde,  
un *todo* le dará. T.

Las soluciones en el número próximo

**ADVERTENCIA.**—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

**ADMINISTRACIÓN:** Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.



# ÍNDICE

DE LOS

## ARTÍCULOS Y POESÍAS CONTENIDOS EN ESTE TOMO

	Páginas
A mi madre.. . . . .	<i>Ignacio Pérez Salazar.</i> . . . . 26
Aureolas.. . . . .	<i>Trinidad de la Rosa.</i> . . . . 55
	133, 186, 230, 246, 517
Astros. . . . .	<i>Mariblanca.</i> . . . . 85
A mi padre. . . . .	<i>Ezequiel Solana.</i> . . . . 120
Abuela y nieta.. . . .	248
A mi madre.. . . . .	<i>Francisco Gras y Elías.</i> . . . . 377
Amor filial. . . . .	<i>Trinidad de la Rosa.</i> . . . . 454
Amalio. . . . .	<i>Alejandro Larrubiera Crespo.</i> 548
A la Virgen.. . . . .	<i>Carlos Cano.</i> . . . . 585
Arturo y Juanillo.. . . .	<i>Luciano García del Real.</i> . . . . 597
Ante la muerte de la niña C. G. . . . .	<i>Abraham Guimbao.</i> . . . . 648
Aparato astronómico.. . . .	<i>O.</i> . . . . 744
Anacreóntica. . . . .	<i>Ramón Blasco.</i> . . . . 778
Blanco sudario de nieve.. . . .	283



¿Cómo discurre el niño? . . . . .	<i>U. González Serrano.</i> . . . .	151
Camino del Cielo. . . . .	<i>Alfonso Pérez Nieva.</i> . . . .	194
Celos. . . . .	<i>S. Frutos Baeza.</i> . . . .	216
Chito. . . . .	<i>Antonio Fernández Navarro.</i> . . . .	359
Cuentos de mi abuelo. . . . .	<i>Alejandro Larrubiera Crespo.</i> . . . .	706
David. . . . .	<i>Trinidad de la Rosa.</i> . . . .	341
De todo un poco. . . . .	<i>Benjamín.</i> . . . .	530
De todas las armonías. . . . .		681
El papel y la pluma. . . . .	<i>Vicente Colorado.</i> . . . .	69
El agua y la flor. . . . .	<i>Vicente Riva Palacio.</i> . . . .	73
El secreto de Arlequín. . . . .	<i>R. Hernández Bermudez.</i> . . . .	82
El grano de trigo. . . . .	<i>Pedro Garriga Puig.</i> . . . .	87
El jubileo sacerdotal de León XIII. . . . .	<i>Trinidad de la Rosa.</i> . . . .	100
El tribunal de honor. . . . .	<i>Felipe Jacinto Sala.</i> . . . .	105
El agradecido. . . . .	<i>Luciano García del Real.</i> . . . .	130
El médico. . . . .	<i>José María de la Torre.</i> . . . .	137
El ensueño de Anita. . . . .	<i>Ezequiel Solana.</i> . . . .	168
En la tumba de mi madre. . . . .	<i>Clotilde Aurora Príncipe.</i> . . . .	201
El mochuelo. . . . .		233
El huérfano. . . . .	<i>H. Giner de los Ríos.</i> . . . .	258
El asno de Maricuela. . . . .	<i>José Zahonero.</i> . . . .	290, 306
El amor á la naturaleza. . . . .	<i>P. de Alcántara García.</i> . . . .	322
El alojado y el niño. . . . .	<i>Luciano García del Real.</i> . . . .	338
El Universo. . . . .	<i>Clemente Bravo.</i> . . . .	370, 693
El gitanyillo. . . . .	<i>Luciano García del Real.</i> . . . .	375
El maestro. . . . .	<i>J. F. Sanmartín y Aguirre.</i> . . . .	386
El mar y la fuente. . . . .	<i>J. F. Sanmartín y Aguirre.</i> . . . .	424
El mes de Mayo. . . . .	<i>Trinidad de la Rosa.</i> . . . .	438
El caricaturista. . . . .	<i>Luciano García del Real.</i> . . . .	471
El mar. . . . .	<i>Cecilio Navarro.</i> . . . .	500
El sauce y la enredadera. . . . .	<i>Adalmiro Montero.</i> . . . .	521
El niño indolente. . . . .	<i>J. F. Sanmartín y Aguirre.</i> . . . .	533



El primer baile.. . . .	<i>H. Giner de los Ríos.</i> . . .	534
Entre el cielo y la tierra. . . . .	<i>Benjamín.</i> . . . .	551
El campanario y el cuarto bajo. . . . .	<i>Clotilde Aurora Principe.</i> . . .	553
Exposición Universal de Barcelona. . . . .	<i>Benjamín.</i> . . . .	562
Exposición Universal. . . . .	<i>Benjamín.</i> . . . .	594
		642, 690, 722, 754
El ruego de una madre. . . . .	<i>Juan Tomás Salvany.</i> . . . .	610
El centén de Teresita. . . . .		622, 639, 654, 670, 686, 702, 718, 734
		750, 766, 782, 798, 814
España. . . . .	<i>Francisco Aguado.</i> . . . .	645
El héroe de la fiesta. . . . .	<i>Luciano García del Real.</i> . . .	677
El monasterio de la Rábida. . . . .	<i>Trinidad de la Rosa.</i> . . . .	711
Estío. . . . .	<i>Angel P. Ibáñez.</i> . . . .	725
El niño pálido. . . . .	<i>Luciano García del Real.</i> . . .	789
El potro y la paloma. . . . .	<i>Antonia Opisso.</i> . . . .	802
Fechas célebres. . . . .	<i>Benjamín.</i> . . . .	389
Floricultura. . . . .	<i>Benjamín.</i> . . . .	503
Felicidad. . . . .	<i>Angel Alfaro.</i> . . . .	537
Gloria in excelsis Deo. . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	117
Goliath. . . . .	<i>Salvador Pérez Montoto.</i> . . .	162
Gusano y mariposa. . . . .	<i>Alfonso Pérez Nieva.</i> . . . .	226
Inocencia. . . . .	<i>Luisa Repollés.</i> . . . .	393
Impresiones de la Exposición Universal. . . . .	<i>Benjamín.</i> . . . .	658
Juan el monaguillo. . . . .	<i>S. Rueda.</i> . . . .	450
La rosa y la espina. . . . .	<i>Vicente Riva y Palacio.</i> . . .	10
La familia honrada. . . . .		15, 31, 46, 62, 79, 94, 111, 127, 142
		158, 174, 190, 206, 222, 238, 253
		270, 286, 302, 319, 334, 350, 366
		382, 398, 430, 446, 462, 478, 494
		510, 526, 542, 558, 574, 590, 606



Las dos madres . . . . .	<i>Rafael Torromé.</i> . . . .	38
La tarde.. . . .	<i>A. Schindler.</i> . . . .	42
La sonrisa de Eva . . . . .	<i>H. Giner de los Rios.</i> . . . .	52
Los niños de la Biblia. . . . .	<i>Cecilio Navarro.</i> . . . .	98, 121, 135
Los Reyes Magos. . . . .	<i>Cirilo Navas.</i> . . . .	146
La degollación de los niños. . . . .	<i>Cirilo Navas.</i> . . . .	165
La soberbia.. . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	170
La cartilla del loro. . . . .	<i>José Zahonero.</i> . . . .	178
Los amigos de Juanito. . . . .	<i>H. Giner de los Rios.</i> . . . .	181
La camelia y la violeta. . . . .	<i>Mariblanca.</i> . . . .	199
La fuente de Maravillas . . . . .	<i>Luciano Garcia del Real.</i> . . . .	210
Los diamantes. . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	213
Las dos rosas. . . . .	<i>Luciano Garcia del Real.</i> . . . .	228
La independencia.. . . .	<i>Rafael Torromé.</i> . . . .	242
Las coronas.. . . .	<i>Manuel del Palacio.</i> . . . .	249
La manzana de Newton . . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	261
La romería de San Antonio. . . . .	<i>Luciano Garcia del Real.</i> . . . .	263
Las aventuras de Santiaguillo el Trotón . . . . .		274
Los proverbios de Salomón . . . . .	<i>Doctor Navas, pbro.</i> . . . .	278, 584, 661
La gallina y la perla . . . . .	<i>J. F. Sanmartín y Aguirre.</i> . . . .	297
La bandera roja y gualda. . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	309
La ramilleterilla. . . . .	<i>Luciano Garcia del Real.</i> . . . .	311
La primavera. . . . .	<i>Antonia Opisso.</i> . . . .	357
Los dos amigos . . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	418
La peseta. . . . .	<i>Cecilio Navarro.</i> . . . .	425
La ambición. . . . .	<i>Rafael Torromé.</i> . . . .	456
Las golondrinas. . . . .	<i>Benjamín.</i> . . . .	466
Los niños . . . . .	<i>Vicente Sanford y Ayuso.</i> . . . .	468
La voz del mendigo. . . . .	<i>Joaquín Puyana.</i> . . . .	473
La caridad. . . . .	<i>Rafael Torromé.</i> . . . .	482
La Palestina. . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	485
Los jilgueros. . . . .	<i>A. Sánchez Díaz.</i> . . . .	489
Los dos ratones. . . . .	<i>José Mas y del Ribero.</i> . . . .	520



Los dos zorros. . . . .	<i>José Mas y del Ribero.</i> . . . .	536
Lejos de casa. . . . .	<i>Manuel Hernán.</i> . . . .	564
La caña y el tomillo. . . . .	<i>Adalmiro Montero.</i> . . . .	569
Los mártires de la ciencia. . . . .	<i>Angel P. Ibáñez.</i> . . . .	578
Los siete colores. . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	581
Labores femeninas. . . . .	<i>Benjamín.</i> . . . .	617
La conciencia es el mejor juez de nos- otros mismos. . . . .	<i>Pedro Garriga Puig.</i> . . . .	626
La vanidad. . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	629
Las noches de la Exposición. . . . .	<i>Benjamín.</i> . . . .	674
Lección de historia. . . . .	<i>Clemente Bravo.</i> . . . .	738
La Mancha. . . . .	<i>H. Giner de los Ríos.</i> . . . .	758
Las dos hormigas. . . . .	<i>Adalmiro Montero.</i> . . . .	762
Los perros. . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	786
La golondrina. . . . .	<i>R. Sánchez Díaz.</i> . . . .	805
 Mater Dolorosa. . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	327
Merengue. . . . .	<i>Vicente Colorado.</i> . . . .	354
Mesa revuelta. . . . .	<i>Trinidad de la Rosa.</i> . . . .	746
Madrid. . . . .	<i>Alberto Casañal.</i> . . . .	770
 Noche de Reyes. . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	148
Notas de oro. . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	280
Niños precoces. . . . .	<i>Trinidad de la Rosa.</i> . . . .	295
Nobleza obliga. . . . .	<i>Mariano del Todo y Herrero.</i> . . . .	600
Noches de verano. . . . .	<i>Florentino Llorente (Florete).</i> . . . .	631
	680, 698, 730	
 Origen de las coronas. . . . .	<i>A. Ozores.</i> . . . .	373
 Primero de noviembre. . . . .	<i>Fernánflor.</i> . . . .	5
Picamigas. . . . .	<i>José Zahonero.</i> . . . .	20
Pepe y Juana. . . . .	<i>Vicente Colorado.</i> . . . .	102
Pobre chica. . . . .	<i>José Zahonero.</i> . . . .	114



	Páginas
Pizpireta . . . . .	<i>José Zahonero</i> .. . . . 434
Recompensa del amor filial . . . . .	<i>Pedro Garriga Puig</i> .. . . . 498
Sitio de Zaragoza.. . . . .	<i>José Mas y del Ribero</i> .. . . . 488
Sevilla. . . . .	<i>A. Casañal</i> .. . . . 546
Un rato de charla (*) . . . . .	<i>Antoñito</i> .. . . . 2, 18, 34, 50, 66
Un récipe. . . . .	<i>R. Blanco Sánchez</i> .. . . . 184
Una chinería. . . . .	<i>R. Blanco Sánchez</i> .. . . . 344
Una aventura de lobos. . . . .	<i>Luciano García del Real</i> .. . . . 514
Urbanidad. . . . .	<i>C. Navarro</i> .. . . . 566
Un poco de física . . . . .	<i>Benjamín</i> .. . . . 772
Zaragoza . . . . .	<i>Alberto Casañal</i> .. . . . 421

(\*) En las cubiertas números 6 al 52.

